



LIBROS

AMOR LÍQUIDO EN UNA NOVELA 'Richard Yates', o cómo vivir a través de internet

REBECA YANKE

Los personajes que Tao Lin construye en su segunda novela, *Richard Yates* (Alpha Decay, 2010) son tan líquidos como como los que el filósofo de la modernidad, Zygmunt Bauman, describe en libros como *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Así son Haley Joel Osment, un escritor que ronda la veintena y vive en Nueva York, y Dakota Fanning, que no llega ni siquiera a los 20: quebradizos.

Viven a un par de horas en tren uno del otro y, aunque en ocasiones consiguen encontrarse, la mayoría de su comunicación discurre en un chat, el que ofrece el email de google, gmail. «¿Cuándo voy a verte?, dijo Haley Joel Osment. / No lo sé. Todavía no sé si podré quedarme en casa el viernes. / Me siento como la pelusa de una polilla, dijo Haley Joel Osment, no es agradable».



ALPHA DECAY

La soledad también es una constante en una novela que se atreve a describir el lado menos divertido de vivir relaciones a través de internet. Conversaciones llenas de abulia de pantalla a pantalla y voces acalladas. Dice el autor, un descendiente de taiwaneses que creció en la Costa Este de los Estados Unidos, que escribió el libro durante «tres años y medio», pero que mucho de ese tiempo lo dedicó a la edición.

«Tenía la historia completa en dos años y medio, hubo un proceso largo de edición, para que cualquier cosa innecesaria en la historia o en el efecto que quería conseguir no se incluyera», explica, precisamente a través del correo de gmail.

El título del libro, que es el nombre de un autor, el de *Vía Revolucionaria*, Richard Yates, no es una elección nacida de la sencillez. Yates describió el desencanto, el de una generación post-crack en las primeras décadas del siglo XX. «Los libros que más me han influido fueron *The end of the story*, de Lydia Davis y *The Easter Parade*, de Richard Yates», cuenta Lin, al que la crítica ha llegado a tildar de ser el Kafka de la Generación Facebook.



1



2



3



4

FOTOGRAFÍA

La mirada analógica de cuatro jóvenes que captan un nuevo horizonte visual

JAVIER MUNERA

La luz de los próximos días se presenta sin artificios. El avance hipersónico de la tecnología democratizó la técnica digital, pero los nuevos creadores anhelan los tiempos de calcular el tiempo de obturación, alejados del escudo de los filtros automáticos.

La mirada de Chus Sánchez no baja la guardia. Viaja con dos cámaras, analógica y digital. La primera captura su ámbito personal, con la segunda desarrolla el profesional: «Ésta ofrece un mejor resultado cuando hay que entregar en el día». Trabaja para varias publicaciones y quiere hacer del retrato su especialidad.

Su diario se resume en el reportaje más íntimo, centrado en el círculo más cercano, con una

apuesta por la luz natural y sus diferentes registros. Juega con el factor ambiente, con los reflejos, con la proyección de las sombras. «La iluminación de estudio es una cuestión técnica, pero el pellejo te lo juegas fuera».

Emplea el *software* de retoques para eliminar alguna mancha después de escanear el negativo, o para corregir la luz, «nunca para crear efectos». Su tendencia es la vertiente más clásica de la fotografía, por eso entiende que las escuelas deberían enseñar a disfrutar, a obtener el alma.

Francisco Úbeda huye de vivir profesionalmente de la fotografía. No es un *hobby*, es lo más importante. «No me gusta utilizar recursos de moda para desgastarme. Quiero mimar y cuidar

la fotografía». Lo que desea es no quemar sus trabajos y pone como ejemplo a Carlos Pérez Siquier, que recibió el Premio Nacional de Fotografía cuando superaba los 60 años, tras una vida de trabajo en un banco. Úbeda lo hace en una oficina. O el hallazgo de un baúl repleto de fotos impecables tras el fallecimiento de Juan Rulfo, descubriéndose su faceta totalmente desconocida.

«Mis retratos son digitales, pero intento que parezcan analógicos», asegura, «no empleo retoques que no puedan hacerse con una ampliadora y con el revelado». Su planteamiento es como un juego; las fotos son improvisadas y en la calle. Si ve una persona y le llama la atención algún rasgo, le propone hacer una foto.

«El retrato tiene que ser pactado, y los dos tenemos que mirarnos a los ojos». No piensa dedicarse a la moda o a la publicidad. Se aleja de *lo último* en revistas especializadas, donde todas siguen la tendencia de turno. La sensibilidad por la imagen la compara con una carrera de fondo, «sin prisa», con la esperanza de que en el futuro se le reconozca.

Ángel de la Rubia tampoco vive de esto. Encuentra que en la fotografía artística se advierte «una repetición inconscientemente agotada de patrones» y usos. El que más le afecta —y duele— es el vaciamiento de expresión e intención «vinculado a un cierto papel documental».

Se lamenta de que el reportaje clásico «prácticamente ha dejado de existir». Hacer fotoperiodismo de guerra como antaño implica hoy un peligro mayor. La inseguridad, por una parte, y la disponibilidad de «fotógrafos locales con la suficiente calidad para ofrecer imágenes diarias», por otra, limitan los viajes hacia zonas en conflicto.

Si la fotografía no goza de buena salud, se debe a la falta de